

XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2020.

Goce y escritura.

Lutereau, Luciano.

Cita:

Lutereau, Luciano (2020). *Goce y escritura. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-007/503>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/etdS/SYu>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

GOCE Y ESCRITURA

Lutereau, Luciano

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

El presente trabajo se enmarca en el proyecto de investigación UBACyT (2018-2020): “Génesis, delimitación y transformación del concepto de goce en la obra de J. Lacan”, dirigido por el Dr. Pablo Muñoz. Su propósito es investigar la relación entre goce y escritura en el hábito de aprendizaje de la escritura, tal como se desprende del modo en que los niños aprenden a escribir.

Palabras clave

Psicoanálisis - Goce - Escritura

ABSTRACT

ENJOYMENT AND WRITING

The present work is part of the research project UBACyT (2018-2020): “Genesis, delimitation and transformation of the concept of enjoyment in the work of J. Lacan”, under the direction of Dr. Pablo Muñoz. Its purpose is to investigate the relationship between enjoyment and writing in the habit of learning to write, as it appears from the way in which children learn to write.

Keywords

Psychoanalysis - Enjoyment - Writing

El presente trabajo se enmarca en el proyecto de investigación UBACyT (2018-2020): “Génesis, delimitación y transformación del concepto de goce en la obra de J. Lacan”, dirigido por el Dr. Pablo Muñoz. Su propósito es investigar la relación entre goce y escritura en el hábito de aprendizaje de la escritura, tal como se desprende del modo en que los niños aprenden a escribir.

Hablar y escribir

Aprender a escribir no es lo mismo que aprender a hablar. Sin embargo, iluminar algo de este último acto puede servir para explicar el primero. Cuando un niño toma la palabra, este movimiento es el resultado de un proceso extenso, mucho más amplio y que hunde sus raíces en múltiples precedentes. Para dar cuenta de esta coyuntura, utilizaremos una referencia clínica.

Se trata del caso de un niña, cuyos padres consultaron por lo que supusieron era un trastorno del lenguaje. La niña podía repetir algunas palabras, pero luego era como si las olvidase. Si los padres le indicaban con un objeto a partir de su nominación, ella podía decir perfectamente el término, incluso en su pronunciación, pero después era como si nunca lo hubiese escuchado. Luego de algunas consultas, se advirtió que el motivo por el cual habían llegado era sólo la superficie de un motivo más íntimo.

La niña (a la sazón de 2 años y medio) había dormido con sus padres hasta hacía poco tiempo; no es que esto fuera determinante, pero sí importa en el punto en que no había desarrollado el hábito de dormir; es decir, ya no dormía con los padres, pero uno de ellos debía dormir con ella y, para hacerlo, la niña tenía que tocarlos. Cuando se trataba de la madre, era común que eventualmente quisiera tocar su pecho; además, aún necesitaba tomar una mamadera completa antes de acostarse y acompañaba sus rutinas con el uso del chupete. Ninguno de estos factores es de por sí significativo, pero tienen un valor en el conjunto, en la medida en que sirven para demostrar que esta niña aún no había completado una operación psíquica fundamental de la primera infancia, el destete (Winnicott, 1960). Esto se comprobaba con otro indicador crucial: no había desarrollado esa forma primigenia del habla que es el balbuceo (Fernández Miranda, 2019), que lleva a ese idioma tan particular de los niños -que sólo entienden los padres- y que es la anticipación inmediata de “aprender a hablar”. Este idioma propio, que se produce con el destete, es a lo que un niño debe renunciar para empezar a hablar. En el caso de esta niña, la palabra no terminaba de asentarse porque es como si se hubiera salteado esa etapa previa. No se trataba de un caso de patología. No es nada que no se haya podido resolver con trabajo de orientación a padres para instalar el hábito de dormir -el más importante de la infancia; basado en que un niño puede dormirse no sólo si está cansado- y, a partir de ahí, ir retirando esos objetos (mamadera, chupete, etc.) que aún no se habían desprendido de la teta, para que la niña al poco tiempo empezara a usar unas expresiones raras que no entendía nadie, pero que fueron la antesala de la adquisición del lenguaje “común”.

En todo caso, lo que interesa subrayar de esta anécdota es que para aprender a hablar un niño debe dejar de hablar a su manera; dicho de otra forma, los niños hablan antes de aprender a hablar y, en el medio, debe realizarse una renuncia que compromete a los padres con la cuestión. De esta forma, puede advertirse que esta adquisición no es un proceso fisiológico, sino que incumbe a la relación erótica entre padres e hijos, dado que esa renuncia no sólo cambia algo en los niños, sino también en los padres, quienes deben perder de alguna manera a ese hijo que es sólo de ellos, porque sólo ellos saben qué dice. Esto puede parecer una nimiedad, pero pensemos lo siguiente: cuando un niño puede hablar con otra persona que no son sus padres, esto habilita un nuevo vínculo, ese niño gana entonces una carta de ciudadanía diferente en el mundo. Diríamos entonces que con la adquisición del habla, un niño deja de ser un bebé.

Aprender a escribir

Ahora bien, con la adquisición de la escritura ocurre un movimiento semejante. Por un lado, el niño ya sabe escribir antes de aprender las letras, el armado de una palabra, la estructura de la frase, etc. Asimismo, para adquirir la escritura propiamente dicha tiene que renunciar a algo, a una escritura personal, a un grafismo precedente grávido de consecuencias. Tomemos cada una de estas cuestiones por separado.

Por un lado, una constatación: mucho antes de saber escribir su nombre, un niño escribe su nombre. Reconoce incluso las letras de su nombre y otras más. Por lo tanto, esto demuestra que aprender a escribir no es aprender las letras. Los niños juegan con las letras, las dibujan y aquí ya aparece un matiz especial: para aprender a escribir, las letras tienen que tener función de letras, es decir, tienen que cumplir un papel formal, dejar de ser meros dibujos, dicho de otra manera, tienen que vaciarse de contenido; pero ¿cuál es el contenido de las letras?

El primero de todos los contenidos de las letras es el garabato (Allouch, 1993). No es raro encontrar niños que aún juegan a escribir y, en una hoja, trazan líneas que no representan nada, que son pura forma. Esto es muy importante, porque demuestra que la forma precede incluso al dibujo, como ocurre cuando los niños se dedican tempranamente a hacer trazos sin objeto. Luego eso se transforma en garabato, con una función lúdica, pero lo interesante es notar que hay una suerte de letra antes de la letra, que incluso es previa al dibujo. ¿Cuál es el propósito de trazar? Antes que un fin expresivo, el trazo cumple un papel en la organización del espacio. Explicaremos mejor este movimiento.

Si el primer contenido de las letras es, como dijimos, el garabato; es porque el garabato tiene su origen en la agresividad intrínseca al destete (Pommier, 1996). Incluso hay un paso previo, porque las primeras letras propiamente dichas se reconocen en las caricias de una madre sobre el cuerpo del bebé. En efecto, es claro que un bebé no sabe acariciar, ¿no ocurre que ya más grandes todavía hay que decirles bien despacito cómo hacerle mimos a un animal? ¿Qué es lo que hacen los niños cuando se proponen acariciar? ¡Golpean! Esta reversión es sorprendente: el acto más amoroso de una madre, tiene su correlato en la activación de la agresividad del bebé. Es el niño amado el que quiere crecer, el que busca destetarse para salir al mundo, para ir a otra parte para volcar su agresividad. Así es que surge el acto de morder otros objetos que no sean la teta de la madre, arrojar objetos, pegarle a los juguetes con un palo, agarrar un crayón y rayar una pared, trazar sobre una hoja, garabatear cuando quiere jugar a que escribe. Así es que puede notarse la fuente erótica de este acto aparentemente neutro, el de aprender a escribir, que permite entender por qué muchos niños con inhibiciones rechazan adquirir, tanto como para niños con problemas de conducta resulta pacificante.

Este es el origen reprimido de la escritura, lo que esconde su devenir pura forma, esta raíz agresiva, que sólo secundariamente se transforma en composición de palabras y frases. Por cier-

to, hay un gran pasaje entre la palabra y la frase, pero antes es preciso preguntarse, ¿qué implica escribir una palabra? Es notable el efecto que tiene escribir la primera palabra para un niño. No nos referimos a que la copie, porque en este caso se trata de un dibujo aún; sino a lo que ocurre cuando es capaz de escribir por sí mismo una y se da cuenta de que lo hizo. Nos referimos al júbilo con que un niño descubre que escribió una palabra y a ésta "no le falta nada". Recordamos haber escuchado esta expresión de boca de un niño; que, como suele ocurrir, al principio se guiaba por los sonidos y, por lo tanto, podía "comerse" alguna que otra consonante. En efecto, la escritura de una palabra, de la primera palabra, implica un acto psíquico semejante al de reconocer la propia imagen en un espejo -acto que funda el narcisismo infantil, es decir, el sentimiento de identidad que nos caracteriza como especie, en la medida en que los humanos somos animales que necesitan sentirse seguros de sí mismos (Pommier, 1996).

Antes de escribir, el primer cuerpo que tiene un niño es el del espejo, aquella imagen en que puede reconocerse, cuyo relevo inmediato es el dibujo. Si antes nos referimos al garabato, ahora podemos agregar que el dibujo es otra vía importante en la adquisición de la escritura. Hay un salto notable en la vida psíquica de un niño cuando empieza a dibujar círculos, redondeles, esferas, que son equivalencias de su imagen de sí. En efecto, las primeras circunferencias son llamadas con nombres propios y de ahí al dibujo de uno mismo o de la familia no hay más que un paso. Por cierto, es notable cómo muchos niños dibujan primero a la familia, no porque no se dibujen a sí mismos, sino porque esa presencia -la suya- está implícita en el hecho mismo de dibujar. Para un niño, dibujar nunca es representar una realidad, sino volcar su mundo interno en una hoja. Sólo con el tiempo puede ser que la imagen -por añadidura- cumpla una función de representación, pero incluso en esos casos es notable cómo los niños desprecian esa función. Lo hacen cuando se sienten evaluados y, por ejemplo, responden "Yo no sé dibujar". ¡Pero si no se trata de que sepan representar la realidad! ¡Nadie espera que su dibujo se parezca al de un objeto físico!

Es interesante retomar esta frase: "Yo no sé dibujar". Es posible que haya niños que la digan como una forma de sustraerse de una exigencia, porque no se sienten cómodos con la situación; pero en su sustrato más profundo, lo que la frase muestra es que el "Yo" de un niño necesita apoyarse en un "no saber" que el dibujo expone. Este "no saber" le da a todo dibujo un valor inconsciente, que no se puede explicar a través de la figuración. Asimismo, "no saber" quiere decir que es preciso desconocer que en el acto de dibujar se trata de una proyección personal; pero "no saber" quiere decir también que en ese acto se renuncia a algo -y con esto retomamos lo dicho al comienzo. En el dibujo, un niño renuncia a tener un cuerpo propio o, mejor dicho, el cuerpo deja de ser un objeto meramente personal y se distribuye por el mundo. Así es que un niño puede empezar a nombrar como "míos" ciertos objetos.

Resumamos este desarrollo: con el dibujo el mundo se convierte en una proyección del yo, al punto de que no sólo se dibuja con lápices y hojas, sino que -como ocurre hoy- existen muchos niños que dibujan con sus muñecos cuando arman una escena, o cuando usan una tableta o cuando miran un dibujo animado. La renuncia que implica el dibujo es la de encontrar el propio cuerpo en una sola superficie; con el dibujo se descubre que “el hábito hace al monje” y que hay montón de hábitos por ahí, dando vueltas, ¡todo un guardarropas andante! Se renuncia a que el cuerpo sea de uno, ¿no resuena en este punto lo que dijimos al principio respecto de la renuncia al idioma propio, cuando se empieza a hablar?

En este punto, antes de concluir, quisiéramos justificar que el dibujo es a la escritura, lo que el balbuceo es a la adquisición del lenguaje; porque con la escritura, si bien se da una recuperación narcisista a partir de la forma de la palabra, el significado excluye que sea una estricta proyección personal. Dicho de otra manera, con la escritura se empieza a vivir en otro cuerpo, el de los significados que, cada tanto, vacilan, tambalean y tropiezan. Con la escritura se puede vivir en otra parte, pero ya no porque el mundo sea una prolongación de nuestro cuerpo imaginario, sino porque encontramos que las palabras nos contienen, nos dan un sostén. Empezar a escribir no es aprender a hablar más letras; esta es una idea equivocada, que ya nadie se anima a suscribir, pero no por escapar a una idea torpe se llega a tener en cuenta el complejo de vivencias psíquicas que se ponen en marcha con este tipo de aprendizaje. En particular, siempre es valioso notar cómo antes que una enseñanza, con la escritura se trata de acompañar a un niño para que la descubra por sí mismo, que es casi un juego de ir reestructurándose a sí mismo lo que se motoriza en este movimiento. Aprender a escribir es algo tan distinto a saber tal o cual cosa, porque no se trata de una incorporación de conocimiento, sino que más bien es preciso atender a todo aquello de lo que un niño tiene que desprender para conseguir esta nueva visión del mundo.

Conclusión

La dinámica inconsciente del acto de escribir, su fundamento pulsional, las derivas que un niño tiene que atravesar para llegar a adquirir esa destreza, muestran que no se trata de una mera facultad cognitiva, que un desgarramiento subjetivo es el que se pone en juego en este aprendizaje; pero así como al comienzo desarrollamos cuánto le cuesta a los padres habilitar que un hijo pueda ir más allá de ellos como interlocutores, ¿qué clase de pérdida es la que se ejercita con la adquisición de la escritura? Si perder a un hijo como bebé no es nada sencillo, facilitar el camino que lleva a la escritura implica darle a un niño un mundo que no es sólo su proyección-representación, sino un espacio en el que actuar, en el que producir efectos, en el que se autorizan ciertas preguntas y cuestionamientos. Si antes de la escritura, el mundo era un gran telón sobre el que el yo del niño se proyectaba narcisíticamente y siempre es posible retarlo, limitar

sus intereses, decirle que aquello que hace es incorrecto, es decir, ocupar como adulto un lugar de autoridad; a partir de la adquisición de la escritura, el niño ve el mundo como un espacio en el que los significados son compartidos y, por lo tanto, ya no va a creer tanto en la palabra de los padres -¡por suerte! Porque en adelante podrá creer en la palabra *con* los padres-, de alguna forma el vínculo se volverá más democrático (lo que no quiere decir simétrico) (Pommier, 1996); para decirlo con términos más específicos: si para que un niño adquiriera el lenguaje, es preciso que los padres renuncien al hijo-ideal (bebé); con el aprendizaje de la escritura se juega el sacrificio de los padres-ideales, cuya palabra es sagrada -porque la palabra ahora ya no será el referente de los adultos, sino un vehículo de comunicación y diálogo tal como lo demuestra el hecho de que después de los 6 o 7 años es increíble cómo se puede llegar a hablar con un niño en una verdadera conversación; algo era impensable antes, no por falta de madurez biológica, sino emocional, psíquica y lingüística, en la medida en que las operaciones del lenguaje demuestran cómo crece el psiquismo.

BIBLIOGRAFÍA

- Allouch, J. (1993) *Letra por letra. Traducir, transcribir, transliterar*. Buenos Aires, Edelp.
- Fernández Miranda, J. (2019) *El trabajo de lo ficcional. Problemáticas actuales en clínica psicoanalítica con niños*. Buenos Aires, Letra Viva.
- García Sánchez, N. J. (1995) *Manual de dificultades de aprendizaje: lenguaje, lecto-escritura, matemáticas*. Madrid, Narcea.
- Pommier, G. (1996) *Nacimiento y renacimiento de la escritura*. Buenos Aires, Nueva visión.
- Winnicott, D. W. (1960) *La familia y el desarrollo del individuo*. Buenos Aires, Horme.